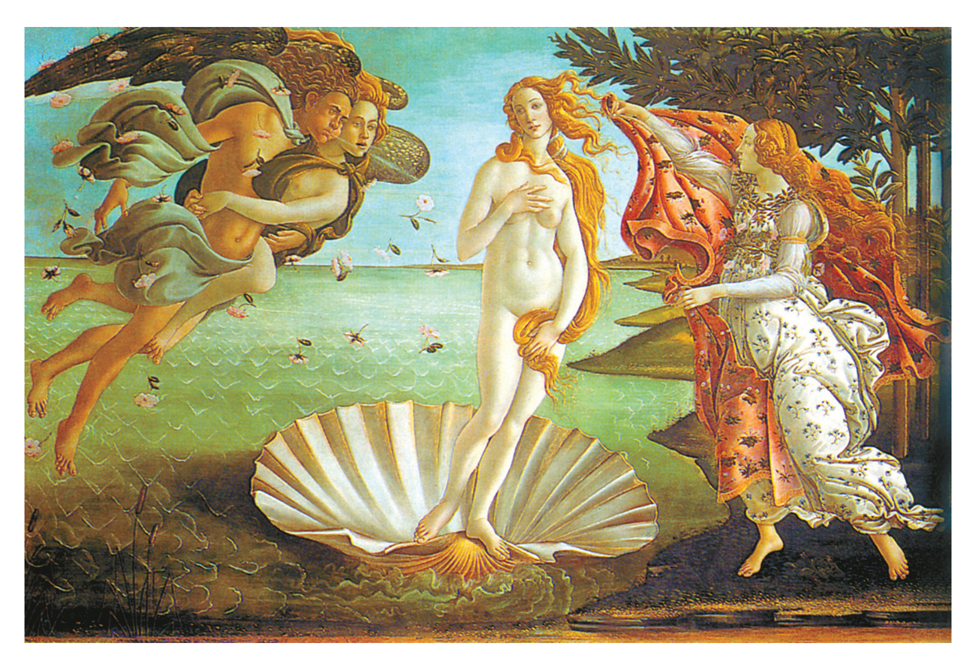
Grandes escritores latinoamericanos

17 Germán Arciniegas



Colegio Nacional de Buenos Aires

Página/12



““Nacimiento de Venus” (1486), pintura de Sandro Botticelli. La modelo que el artista pintó en Florencia para Lorenzo de Médicis, Simonetta Vespucci, era pariente de Américo Vespucio, el conquistador que dio su nombre al Nuevo Mundo. Datos como este, marginal en los grandes relatos de la Historia, son recuperados en ensayos hispanoamericanos que indagan la identidad continental y refuerzan los vínculos entre Europa y América, cuyo “nacimiento” para la cultura europea –con todo el impacto que el descubrimiento implicó– se asocia con el Renacimiento de la civilización grecolatina.



Dirección general: Hugo Soriani

Directora de colecciones de historia
de *Página/12*: Profesora Aurora Ravina

Departamento de Castellano y Literatura
Colegio Nacional de Buenos Aires
Universidad de Buenos Aires

Directora:
Prof. Silvina Marsimian
Redactora:
Prof. Sylvia Nogueira

Colaboración Especial:
Nelson González Ortega

Auxiliares de Investigación:
Prof. Karin Grammatico y Prof. Sergio Galiana
Consultas y comentarios: *literatura@cnba.uba.ar*

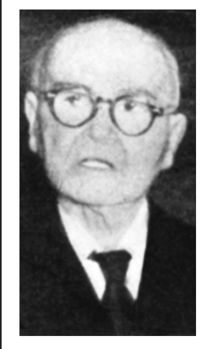
ISBN 10: 987-503-431-2
ISBN 13: 978-987-503-431-0

Germán Arciniegas



LA ESCENA AMERICANA

Germán Arciniegas es clasificado como un intelectual de la década del '30, época de la publicación de su primer libro, *El estudiante de la mesa redonda*, obra que en su valoración del rol de los universitarios a lo largo de la historia de alguna manera atestigua el impacto que a nivel continental produjo la reforma de la educación superior que se llevó a cabo en Córdoba, Argentina, en 1918. Asociado a la pugna por la civilización que signaron las obras de Bello, Sarmiento y Montalvo, Arciniegas se identifica con "los Nuevos", cofradía que, en sus palabras, "bajo el influjo de *Ariel* de José Enrique Rodó y en contra de la política expansionista de[l presidente norteamericano] Teodoro Roosevelt [1933–1945], fue una generación que bregó y luchó mucho por la unidad latinoamericana". El grupo se aglutinó en la revista *Nosotros*, fundada en 1925 para renovar las letras colombianas con la difusión de vanguardias que agitaban el arte europeo; lo conformaron, entre otros, Rafael Maya, poeta y ensayista conservador católico, para algunos, el lírico más importante de Colombia; León de Greiff, poeta crítico del modernismo e inspirado por Verlaine, y Jorge Zalamea, prolífico escritor cuya novela *El gran Burundú Burundá ha muerto* (1952) ha sido considerada antecedente de *El otoño del patriarca* de García Márquez en su tratamiento del tema del dictador. La guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, la represión y persecución de socialistas y comunistas en todo el continente, la masacre de los campesinos liderados por







Baldomero Sanín Cano, autor de La civilización manual y otros ensayos *(1925) y José Carlos Mariátegui, dos modelos del ensayo hispanoamericano*

Farabundo Martí en El Salvador; en Perú, la muerte del escritor José Carlos Mariátegui, comprometido formalmente desde el socialismo con las luchas obreras y rurales, además del encarcelamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), son algunos de los hechos que definen el desolador panorama político de la década del '30, cuando se inicia la escritura de Arciniegas, que renueva el modelo arielista y ha sido asociada con el ensayo que, en las plumas de Borges, Cortázar, Lezama Lima y Octavio Paz, refuerza sus rasgos literarios y se distancia con contundencia de los propios de disciplinas como la filosofía. Aunque con diferentes grados de explicitación, también se intensifica en los ensayos la relación del arte con la política en tanto el panorama social de Sudamérica atraviesa sucesivas crisis agudas.

En los '40, en Colombia, el político liberal Jorge Eliécer Gaitán propone reformas agrarias que lo acercan a demandas de sectores de izquierda; es asesinado en 1948 y el pueblo se amotina en Bogotá, reacción que termina ahogada con el asesinato de 200.000 campesinos. En ese marco, Arciniegas es acusado de no denunciar los abusos de la oligarquía; en la década siguiente, este mismo intelectual es un exiliado que escapa de su país, dominado por el conservador Laureano Gómez, bajo cuyo gobierno circula en Colombia, clandestinamente, *Entre la libertad y el miedo* (1952), libro en el que el escritor reflexiona desde Estados Unidos sobre una Latinoamérica controlada por dictadores como Batista en Cuba (derrotado por Fidel Castro en 1958) o Anastasio Somoza en Nicaragua (asesinado en 1956). En tales circunstancias, extraño es el escritor que no participa en polémicas como la que enfrenta a Haya de la Torre con Mariátegui, quien acusa al aprismo de ineficacia para combatir el imperialismo norteamericano y solucionar problemas latinoamericanos como la marginación de los aborígenes. En Colombia en particular, los intelectuales comprometidos con la organización del Estado en el siglo XX tienen una figura señera en Baldomero Sanín Cano (1861-1957), modernista que expandió su influjo social a través de la docencia universitaria, el periodismo y la asunción de cargos públicos. Como él, Arciniegas y otros ensayistas difunden sus ideas no solo a través de sus obras literarias sino también desde puestos oficiales.





Arciniegas con su esposa, Gabriela, destinataria de las dedicatorias de muchos de sus libros

Perucho Figueredo, autor de la Bayamesa, himno nacional cubano, fue fusilado por los españoles en 1872. Su hija Luz huyó a Estados Unidos, donde se casó, para radicarse luego con su esposo en Colombia. Aurora Angueyra Figueredo, hija de Luz, tuvo siete niños, el mayor de los cuales fue Germán Arciniegas (Bogotá, 1900-1999), que estudió Derecho en la Universidad Nacional Colombiana. Allí fundó las revistas *La voz de la juventud* (1919-1920) y *Universidad* (1921-1922; 1927-1929); fue secretario de la Federación de Estudiantes, que quería replicar en Bogotá las reivindicaciones de la reforma universitaria de Córdoba. "Lo del 18 tuvo caracteres tan nuevos de agitación para su tiempo que hicieron pensar en un estilo nuevo de lucha", recuerda Arciniegas en el ensayo *El continente de siete colores* (1965). Los levantamientos de estudiantes no solo en Latinoamérica sino también en Estados Unidos y París inspiraban a Arciniegas un libro sobre la juventud transformadora a lo largo de la historia. "Lo que no se me ocurría era escribirlo (...) Así se lo propuse a varios literatos de oficio que vivían o pretendían vivir del manejo de la péñola. Pero ninguno participaba de mi entusiasmo por el tema", así que "tuve que hacerme escritor a la fuerza" (entrevista en *Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1941). Fue representante de los universitarios colombianos en el Congreso de su país con el propósito central de hacer legalizar la reforma, entre cuyos logros principales Arciniegas ha señalado la reapertura de la cátedra de sociología (clausurada desde 1876) y la orientación de los estudios superiores en general a la realidad presente de Colombia. Cumplido ese objetivo, en 1930 tomó el cargo de vicecónsul en Londres, donde acabó por escribir él mismo *El estudiante de la mesa redonda*. "Desde entonces no ha parado" –afirma Juan Gustavo Cobo Borda, funcionario y poeta colombiano, destacado en la compilación y divulgación de textos sobre Arciniegas. Asegura: "El medio centenar de libros que componen su obra demuestran, en primera instancia, que asumió su tarea con una dedicación profesional insólita dentro de las fronteras patrias. Además, y en segundo lugar, volvió inválida la tesis de Colombia como una isla o el Tibet de Sudamérica". El mismo Cobo Borda explica la constancia de Arciniegas en la producción de revistas. Además de *Universidad*, a la que habría convertido (a costas de la fortuna familiar) de una publicación humilde "con fotos de reinado de belleza estudiantil" en una ambiciosa que exponía trabajos de los intelectuales colombianos más empeñados en la renovación de la cultura colombiana y escritos de otros latinoamericanos distinguidos como Horacio Quiroga y Gabriela Mistral, el ensayista fundó y colaboró en muchas otras, promocionadas por instituciones oficiales como el Ministerio de Educación de Colombia: *Revista de Indias* (1939) acogió a individualidades de nuevas generaciones (el ensayista Hernando Téllez, continuador de Sanín Cano, por ejemplo); *Revista de América* (1945), editada por el diario *El Tiempo*, en el que colaboró Arciniegas desde 1919, presentó textos de intelectuales reconocidos como Mariano Picón Salas y Alejo Carpentier, además de españoles con posición antifranquista; a partir de 1963, Arciniegas pasó de colaborador a director de *Cuadernos* (1953), revista fundada en Francia por el "Congreso por la libertad de la cultura", institución financiada por fundaciones estadounidenses vinculadas, según se supo más tarde, a planes de la CIA; el *Correo de los Andes* (1979) apareció en Bogotá para insistir en obsesiones de Arciniegas, como la figura de Bolívar, pero –en palabras de su admirador Cobo Borda– la sensación que da todo el conjunto es completamente anacrónica, "como si Arciniegas estuviese viviendo en el siglo XVIII, máximo en el XIX". Colombia tuvo en los '30 una serie de gobiernos liberales; el primero de Alfonso López Pumarejo, conocido como "Revolución en marcha" (1934-1938), empren-

dió reformas importantes, como la de la constitución nacional o la sanción de leyes para obligar a los terratenientes a hacer producir sus tierras o exponerse a la expropiación. La presidencia de su sucesor, Eduardo Santos, aunque también liberal, mereció el nombre de "La gran pausa" por la interrupción de los cambios iniciados por el lopismo. Arciniegas fue ministro de Educación de Santos, que había sido director del diario *El Tiempo*, donde colaboraba desde 1919 el escritor después devenido funcionario. Desde ese cargo, que también ejerció en la primera presidencia de Alberto Lleras Camargo (1945-1946), Arciniegas promovió la fundación del Instituto Caro y Cuervo, editorial y centro de estudios que, hasta hoy –según reza la misma entidad– se dedica a los "estudios filológicos, literarios y lingüísticos –hispánicos, indígenas y criollos– y de la historia de la cultura del libro y de la lectura". Se comprometió además con la fundación del Museo Colonial, el Nacional de Pintura y el de Etnología. En 1947 trabajó como profesor de Sociología en la Universidad de Columbia, donde dirigió la sección latinoamericana; impartió cursos de aquella disciplina también en Palo Alto, California, y en la Sorbona en otros momentos de su vida. La carrera pública de Arciniegas contó con más puestos de embajador, en Italia e Israel. En la península latina, preparó *Italia, guía para vagabundos* (publicada por Sudamericana en Buenos Aires en 1958) e hizo colocar una estatua de Bolívar en el Pincio, parque reconocido de Roma, a pesar de la posición crítica que sostuvo hasta avanzada edad respecto del héroe consagrado, especialmente en *Bolívar y la revolución* (1984); lo elogia como guerrero pero se levanta contra los bolivarianos "si están de acuerdo con la Presidencia vitalicia y el Senado hereditario que proponía Bolívar". *Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto: guía de Israel* (1964) colecciona crónicas de los recorridos que en las tierras de la Biblia emprendió el escritor, que registra en sus notas las comparaciones que el viajero puede vislumbrar entre el pasado del pueblo judío y el presente que se ofrece a la vista. Durante la dictadura del teniente general Gustavo Rojas Pinilla, que encabezó un golpe de Estado en 1953, Arciniegas fue acusado de comunista; el escritor optó por exiliarse. En esos tiempos, produjo *Entre la libertad y el miedo* (1952) y las colaboraciones para la revista argentina *Sur*, que había iniciado en los '40 a propósito de las relaciones interamericanas, las continuó con su participación en el debate sobre las dictaduras que en 1956 *Sur* organizó. En los '80, Arciniegas volvió a su patria y obtuvo un reconocimiento que le había negado la militancia de los '60 y los '70, crítica, por ejemplo, de su adhesión a la política de Eduardo Santos. El nuevo reconocimiento lo catapultó como Decano de Filosofía y Letras de la Universidad de Los Andes y Presidente de la Academia de la Historia de Colombia, cargo en el que sostuvo su particular modo de abordar la materia al declarar, en el discurso de admisión a esa institución, que "la buena historia tiene gusto a novela". El encumbramiento de entonces no lo libró de polémicas, como la que sostuvo con los bolivaristas, ni de destituciones: en los '90, a pesar de los múltiples respaldos con que contó, perdió su cargo en la comisión colombiana para las celebraciones del Quinto Centenario por su oposición a la organización española del evento, presidida por la corona imperial; él sostenía la propuesta de un encuentro de culturas para conceptualizar el descubrimiento y la conquista de América, posición que también le acarreó al escritor acusaciones de europeizante y guardián de idearios liberales que marginan a indios y mestizos. Los elogios fúnebres de Arciniegas en 1999 reinstalaron una serie de reconocimientos que vinieron a equilibrar las críticas que en vida le plantearon opositores como Mario Benedetti.



Arciniegas con el Dr. Belisario Betancur (presidente de Colombia y orador en el homenaje en que celebraron en la editorial Plaza & Janés los 50 años de carrera literaria del ensayista) y, a la derecha, Pedro Gómez Valderrama, escritor y diplomático colombiano





“Galán el comunero”, óleo de Ignacio Gómez Jaramillo (Medellín, 1910-1970). La insurrección de comuneros en el virreinato de Nueva Granada en 1870 se asocia con las ideas libertarias generadas por las lecturas de la Declaración norteamericana de 1776 y la influencia de Francia en América. El tema aparece como anticipación de la gesta bolivariana en ensayos de Arciniegas como Los comuneros *(1938) y* América mágica *(1959)*

LA RECURRENCIA DE AMÉRICA

“Se dice que he escrito 43 libros y no es cierto: he escrito uno, uno que no termina. Para que ustedes tiemblen de pavor, tengo en estantes, un baúl y varias gavetas volúmenes sin publicar. Son del mismo libro. Mi imaginación es infeliz, limitadísima. No he salido del tema que comencé a explorar cuando lo de *El estudiante de la mesa redonda* (Madrid, 1932). Quien tenga la paciencia de comprobarlo verá que sigo dándole vueltas al mismo asunto. Contradiciéndome muchas veces, porque si una primera recreación de Bolívar o Vespucci o Colón cambia a medida que me acerco más al personaje, creo que me toca reconocerlo. Lo que sí es notorio es que el protagonista de esta comedia humana es América.” Así sintetizaba su obra Arciniegas en 1986, en el discurso con que acompañó la inauguración de un busto suyo en la Biblioteca Nacional de Colombia. Al enumerar ensayos que se destacan entre esos 43 libros, el autor señalaba la presencia explícita en sus títulos del nombre del continente: *América, tierra firme* (1937), *Los alemanes en la conquista de América* (1941), *América mágica* (1959), *América en Europa* (1975). A veces los títulos tienen el nombre “emboscado”, decía, pero no han faltado traducciones que lo revelan: un caso es el de *El continente de siete colores* (1965), difundido en otras lenguas como *Latinoamérica. Historia de una cultura*. De la descripción sintética que Arciniegas hizo de su propia escritura en aquella ocasión se desprende que su tratamiento de cuestiones americanas se nutre de la revisión de la historia, a modo de control de la tendencia que podría tener un escritor colombiano –con antecedentes como *La vorágine* de Rivera– por tentarse con la naturaleza, con los paisajes multifacéticos, sobrecogedores u omnipotentes del Nuevo Mundo. La historia de América que focaliza Arciniegas se estrecha íntimamente con la europea. En *El estudiante de la mesa redonda*, que reescribió y aumentó en una edición de Caracas de 1970, el narrador convoca a una mesa de taberna a “muchachos de la vieja Europa, muchachos que hace cuatro o seis siglos fueron el escándalo de París o Salamanca y los de ahora, que fomentan disturbios en Madrid español, Córdoba argentina, Lima peruana”. El libro de 1932 adelanta con especial singularidad recurrencias temáticas y estilísticas de Arciniegas, más si se tiene en cuenta un libro póstumo del autor: *La taberna de la historia* (2000) hace encontrar a Américo Vespucio (Amerigo Vespucci), Colón, Vasco Núñez de Balboa, Isabel de Castilla y otros en una taberna llamada Magallanes, ubicada en la colombiana ciudad de Cartagena. En el libro de 1932, el narrador abre los primeros capítulos introduciendo invitados de diferentes épocas: “El mozo que ahora se levanta es el último europeo de nuestro convite. Luego, no hablarán sino americanos que sueñan con el alma puesta sobre la teoría de sus patrias. Pero el español de 1930 o 32 está unido a nuestra cadena como el más íntimo de nuestros compañeros” (Cap. V, “Clave de Salamanca”). La presentación de los jóvenes no sigue un orden cronológico; los primeros cuadros avanzan en tiempos europeos, hasta la contemporaneidad del autor; el capítulo VI se remonta otra vez al pasado, pero en las colonias americanas. Después de los exordios, que anuncian hablantes o temas de la mesa redonda, el narrador en cada capítulo cede la palabra a los estudiantes imaginados: “Yo soy el estudiante de la conquista. Salí adolescente de España y me crecieron las barbas en América: estas barbas me hicieron pasar por personaje fabuloso ante los ojos de los lampiños habitantes del nuevo mundo”. Los cambios de locutores o de temas no acarrean en *El estudiante de la mesa redonda* variaciones de registros de habla ni las previsibles espontaneidades y contradicciones de las conversaciones que presenció Arciniegas en los agitados cafés de Bogotá, en el *Windsor* o el *Asturias*. Se imponen más bien tesis, que hacen prevalecer cierta homogeneidad en los tiempos revisados y en los puntos de vista de los personajes en la taberna: los estudiantes “siempre hemos sido le-

vadura de revolución"; puede derivarse, de la historia "tan pareja" de diferentes regiones del Nuevo Continente, la ley "de la identidad o la simultaneidad en el proceso histórico de nuestra América" o la muy discutida de que "La revolución de independencia en América no es obra de caudillaje, ni idea surgida del cuartel, sino fórmula de campesinos, puesta en limpio por estudiantes de vanguardia". La historia que construye el libro tiene un sentido dado por el de una institución, la universidad, representada en una transformación que va del ensimismamiento al compromiso político con el pueblo. La revisión de la historia orientada con el propósito de renovar el ensayo de interpretación nacional y continental se detecta también en otros libros de Arciniegas. *América, tierra firme*, cuyo fragmentarismo suele asociarse con el hecho de que el libro resulta de lecciones que dictó en la Universidad Nacional alrededor de 1934, subraya el gusto de Arciniegas por los costumbristas que lo precedieron y su capacidad de dar cuenta de la historia a través de la observación de la vida cotidiana. "El lenguaje de las tejas", un ensayo que parece autónomo en el marco de *América tierra firme*, según lo analiza David Lagmanovich, evoca una estampa de José María Vergara y Vargara, escritor colombiano del siglo XIX. La estampa en cuestión, incluida en *Museo de cuadros de costumbres* (1866), se titula "Las tres tazas" y



El mar Caribe, punto de partida del descubrimiento y la conquista de América, se compara con el Mediterráneo europeo en la obra de Arciniegas



se concentra en describir una taza colonial de chocolate, una de café asociada al romanticismo y una de té vinculada al positivismo. "El lenguaje de las tejas", por su parte, despliega una observación desde lo alto, perspectiva que permite ver techos de diferentes épocas. La mirada de objetos simultáneos en el presente, abordados como testigos de diferentes momentos del pasado, impone sobre la heterogeneidad de las cosas la unidad construida por el observador que articula el discurso. Esa conjunción de lo disímil es una elaboración reiterada por Arciniegas. Decía en una entrevista de 1944: "Cuando inicié el trabajo de mi último libro, *Biografía del mar Caribe*, pensé en un paralelo entre el mar Mediterráneo, cuna de la civilización latina, y el mar Caribe, cuna de la civilización americana". La documentación histórica que indaga Arciniegas le descubre que Américo Vespucio vivía muy cerca de Simonetta Vespucci y era pariente de ella. La importancia de la mujer, inspiradora de Botticelli, radica en su belleza extraordinaria, insuperable en la Florencia renacentista. Las anécdotas cimentan las tesis de Arciniegas, estetizadas en figuras poéticas o en metáforas. "De esta manera –sigue explicando el autor en 1944– queda terminado el símbolo. Simonetta, emergiendo suavemente de las aguas, encarna el genio griego, florecido veinte siglos después a las orillas del Mediterráneo. Y Américo Vespucio, su hermano, bautiza con su nombre el nuevo continente. En una mañana de Florencia se aproximan la flor de la latinidad resurrecta y el aventurero que había de salir en busca del mar Caribe. Y se hermanan en la Historia, el Caribe y el Mediterráneo". Al establecer estos vínculos, Arciniegas parece argumentar una revaloración internacional de América al recurrir a documentaciones amplias. El caso más claro puede ser el de *América en Europa* (1975), libro cuya documentación el autor extendió cuando representó a Colombia ante el Vaticano (expulsado de la de Venezuela porque allí había dicho que Bolívar fue el primer indocumentado): esa es una obra en la que se representa al Viejo Continente deudor del Nuevo, que le revela a su conquistador verdades como la de que el mundo no es plano.

"El hecho económico, el leitmotiv sobre el que gira la accidentada biografía ribereña al mar Caribe se diluye en ironías intrascendentes, en demostraciones de una profundísima cultura anecdótica (...) Arciniegas tiene inteligencia y, sobre todo, cultura para dar una gran obra sobre el tema, pero no puede hacerlo porque su saber está solo a disposición de su causa personal." Ernesto Guevara



Conciliación mestiza

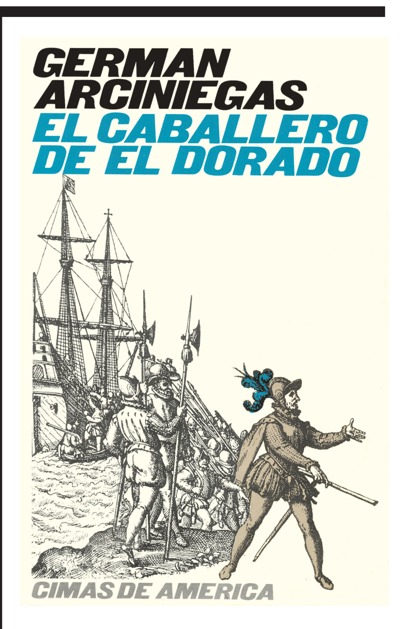
"He presenciado y estoy presenciando en Chile la lucha clandestina de imperialismos voraces. Tenemos que preparar, Arciniegas, los días que vendrán (...). Movimientos de juventudes; tenemos que hacer movimientos de juventudes. Me gustaría escribir para la prensa colombiana sobre estas cosas; vea Ud. dónde y cómo puede hacerse. Espero, Arciniegas, que no solo los libros servirán para comunicarnos, sino lo que vale mucho más que eso, la identidad de sentimientos, la convergencia de destinos", escribía Mariano Picón Salas (Venezuela, 1901-1965) en una carta desde Santiago de Chile al autor de *El estudiante de la mesa redonda* en 1934. En Chile se había exiliado su familia en 1923, huyendo de dictadores; en la Universidad de Santiago, Mariano estudió Filosofía y Letras y trabajó como profesor hasta 1935, cuando volvió a su patria y se insertó en una extensa carrera de cargos públicos (entre los que se destacan sus puestos diplomáticos, sus cargos en el Ministerio de Educación, como la Dirección de Cultura, y el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras). Simultáneamente, desplegó una carrera literaria que, a través de ensayos —literarios y políticos– y biografías –propias o ajenas, de seres del pasado o de contemporáneos–, se concentró en la interpretación de la identidad americana. *Viaje al amanecer* (1943), memorias de la infancia en Mérida antes del exilio, evoca antepasados como el Coronel Riolid, hombre de los ejércitos de Bolívar, escandalizador de "nuestra pacata familia con su vocabulario cuartelero, su gusto por las peleas de gallos, su índole levantisca que pensaba que todas las cosas se arreglan a tiros y la multitud de hijos naturales tenidos en sus provisionales concubinas"; las memorias mezclan evocaciones como esas con figuras de fantasmas míticos de "cuentos venidos de España y transformados por la fantasía mestiza" y descripciones del ambiente de Venezuela, por medio de las cuales se alude a las fuerzas que luchan con diferentes ideales en la sociedad de una zona provinciana de América, donde, "como en una ciudad de la Edad Media, la Iglesia y el Estado siempre disputan", pero el niño se convierte en adolescente y el narrador focaliza las tendencias contradictorias que se disputan la educación del joven; así se abordan transformaciones de su vida que –se intuye– trascenderán las cuestiones personales, el dominio de las tradiciones supersticiosas en detrimento de las ciencias y las resistencias conservadoras al socialismo. Entre los ensayos de Picón Salas, el más destacado es *De la conquista a la independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (1944), un clásico de los estudios literarios. En este texto, que revisa la "psicología" de actores colectivos como el conquistador mientras se analizan obras canónicas de la literatura hispanoamericana (por caso, el "machacado y maravilloso cuento" de Bernal Díaz del Castillo), se repasa la historia del continente con intención de demostrar la unidad esencial de la América Hispana y de caracterizar el mestizaje que la Conquista generó en América Central y del Sur ("colisión de razas, economías y opuestos estilos vitales de vida que aún condiciona la problemática social de todos los países hispanoamericanos"); en esa red, que enlaza tópicos como la sed de oro de los españoles y cuestiones éticas del pasado, por ejemplo, relativas a la esclavitud, se indagan las posibilidades que esas raíces mestizas otorgan a la democracia en estas tierras: "Y el proceso de democratización no pudo realizarse entre nosotros del modo evolutivo que lograron los Estados Unidos, sino en medio de sangrientas turbulencias como las que comenzaron en los movimientos indígenas del siglo XVIII". El relato personal, la narración histórica, la crítica literaria son absorbidas por los ensayos de Picón Salas, que con claridad identifica en *De la conquista a la independencia* posiciones contra las que argumenta y principios de un programa ideológico que se ofrece para las luchas del presente: "Contra el hispanismo jactancioso y contra el indigenismo que querría volver a la prehistoria, la síntesis de América es la definitiva conciliación mestiza".



Mariano Picón Salas, ensayista que a veces volcó sus reflexiones en moldes de biografías (por caso, la del formador intelectual de patriotas hispanoamericanos como Simón Rodríguez, *1953), también escribió novelas, en las que no abandona su dedicación a América ni su erudición clásica. Entre ellas sobresale* Odisea en tierra firme; Vida, años y pasión en el trópico *(1931)*

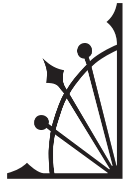
LA NARRACIÓN CASI GANA LA PARTIDA

La indefinición genérica de los textos de Arciniegas, propia del género ensayístico, ha alimentado discusiones sobre el carácter novelístico de algunas de sus obras. Dos estudios clásicos sobre la novela hispanoamericana pueden dar cuenta del debate. John Brushwood, en *La novela hispanoamericana del siglo XX*, no considera ningún escrito del ensayista colombiano. Luis Alberto Sánchez, en *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, por el contrario, se refiere a *Los comuneros* y *En medio del camino de la vida* (1949). A la primera la incluye en una serie de novelas históricas, por la proyección de la historia política en estampas de individuos del pasado remoto. *En medio del camino de la vida* es un relato de un viaje en 1947, ubicación temporal que remite a las grandes guerras y a las masas de emigrantes europeos del siglo XX. En el primer capítulo, el narrador en primera persona cuenta cómo se dirigió a sus compañeros de travesía en Génova: "Ante todo, quiero dejar bien establecido un hecho fundamental: esta va a ser una novela (...) Yo no quiero mezclar a ninguno de ustedes en este enredo. Hagan en el buque lo que les venga en gana, que luego lo que yo diga ha de quedar como novela (...). Además, cuanto ocurra ha de ser tan real que la gente no va a creerlo. Dirán que es absurdo. Pensarán que es novela. Esta es la verdad más tremenda de las novelas: que de ser tan ciertas nos parecen fantasía". Sánchez califica *En medio del camino de la vida* como un "conato de novela, relato parcialmente autobiográfico". Declaraciones de Arciniegas subrayan la frontera débil que a veces sus ensayos establecen intencionalmente con la narrativa: "La historia de América es como una novela picaresca", "No soy novelista. Los latinoamericanos no tienen por qué escribir novelas. Con su historia basta". Los debates han transitado por la sanción a las inexactitudes fácticas de sus narraciones, la crítica matizada (que justifica la deformación histórica o sociológica, sin dejar de señalarla, pero remarcando la "hermosura" de las "inexactas teorías", como dice Hernando Téllez) y el elogio por plantear el discurso histórico como uno especulativo que no aspira a establecer verdades indiscutibles. Podría decirse que la biografía es el género que con mayor poder acerca el género ensayístico a sus fronteras en la obra de Arciniegas. El caso más evidente es *Jiménez de Quesada* (1939), reimpreso como *El caballero de El Dorado* (1958). Este ensayo recrea la vida de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá que viajó entre Europa y el Viejo Continente más de una vez, traslado que el relato asocia a la vida de hombre de armas trocada por la de las letras cuando fracasan las ambiciones de la primera: "Quesada no tiene hacienda que legar a sus herederos. Tiene, sí, una librería. El conquistador que se presentó a la corte con oro y esmeraldas, regresó a América con unas cajas de libros (...). Quesada regaló un reino a los reyes sin que ellos hubieran puesto para la hazaña nada distinto de un pabellón. Y ahora ellos, con el reino entre las manos, lo ignoran" (Cap. XIII, "El sol de los venados"). El relato subraya su carácter argumentativo con irónicos comentarios que parodian las advertencias didácticas de los manuales escolares: "Para comprender la pequeñez de los problemas de América dentro del ambiente en que se mueve Carlos V, veamos cómo se produce su entrada en Gante". El carácter literario del ensayo sobresale en el tratamiento de las múltiples fuentes con las que trabaja el autor. Cita y alude a textos de

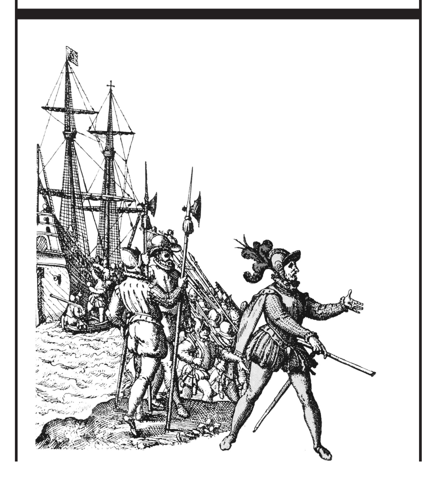




Jiménez de Quesada, protagonista de un ensayo-biografía de Arciniegas, representa un Quijote que en su débil vejez, entregado a las letras por falta de éxito en la conquista, vuelve a tomar las armas al sospechar iluso alguna posibilidad de alcanzar la ciudad mítica de El Dorado



cronistas e historiadores de Indias como López de Gomara, de canciones populares anónimas, de escritores posteriores a los hechos relatados, como el británico D.B. Wyndham Lewis, o señala como fuentes auténticas escritos que los historiadores juzgan apócrifos. En esa red de textos, se destacan los fragmentos de Cervantes, recogidos en algunos epígrafes de capítulos o absorbidos en el discurrir del narrador. De hecho, el ensayo delinea un árbol genealógico que vincula al fundador de Bogotá con el Quijote y concluye privilegiando esa relación, fundada en las especulaciones de que Cervantes se inspiró en las desventuras de Quesada para componer al Caballero de la Triste Figura: "Volvamos a Don Gonzalo. Ningún conquistador pasó los trabajos que él pasó. Ninguno fue tan duramente mordido por el desencanto y las tristezas. Ninguno murió más pobremente, ni más viejo y sufrido, a la sombra de tejas que no fueron suyas. Pero, ¿qué significan todas estas vanidades? (...) Reverdece su vida en la de Don Quijote, que nunca habrá de marchitarse". La historia de Colombia y de su literatura distingue a Jiménez de Quesada, un abogado devenido conquistador, por sus expediciones en territorio americano, tan arduas como costosas, a través del territorio que denominó Nueva Granada; la misma figura es reanimada por la prosa del ensayista que busca lo más humano en la biografía de los hombres destacados de los pueblos latinoamericanos, en un contexto en el que recrea la influencia de las colonias americanas en el ambiente europeo y las proyecciones del viejo mundo en el nuevo: las ambiciones de ascenso social, las rivalidades entre los conquistadores en América y ante la corona, las enfermedades físicas y las psíquicas que acosan a los expedicionarios pintan un panorama de época. Postulados teóricos abstractos se encarnan en casos históricos particulares para hacer más convincentes y accesibles las tesis ensayísticas al volcarlas en narraciones sobre angustias, ambiciones y alegrías humanas que, lejos de empequeñecer a los héroes reconocidos, subrayan sus gestas con claroscuros. La estrategia, aplicada también en *Biografía del Caribe* en apartados como "El mar de Bolívar", está justificada en el prefacio de *América mágica* (1959), que compila biografías de héroes (Martí, Cuauhtémoc, Rosa de Lima, Sarmiento, entre otras personalidades de América Latina) que el ensayista considera que fueron visionarios, que proyectaron el futuro del continente aunque en su momento se los tachara de locos. En ese prefacio aclara Arciniegas el principio que rige las biografías que ensaya: "La levadura de la historia, lo que impulsa al héroe a hazañas que se salen de la estrechez de todo cálculo, el quijotismo, han abierto a los pueblos horizontes que la razón no pudo sospechar (...) De los menos racionales de todo el conjunto social: de los mozos, de las mujeres, de los campesinos, sacamos el catálogo de los héroes. El que hoy tiene menos razón, será mañana el que tenga más. Nuevo Mundo, Mundo Mágico. América Mágica". Las metáforas estructuran los relatos y funcionan como nexos poéticos entre la geografía, la historia y la biografía. La primera parte de



América mágica, subtitulada "Los hombres y los meses", ubica en el cierre del libro, es decir en "Diciembre", el caso de Bolívar. Y el relato empieza: "Al acercarse Bolívar, en 1830, al diciembre de su vida, la marea del destino le arrastra a las playas del Caribe, que fue siempre su mar: el mar de sus tempestades". Luego la narración se extiende desde las primeras derrotas de Bolívar hasta que el hombre se convierte, con una fuerza de voluntad que se pinta milagrosa, en Libertador de Colombia. La argumentación ensayística de Arciniegas –que impregna sus biografías– está, según José Miguel Oviedo, "filtrada por una visión esperanzada del futuro. A lo largo del tiempo, esa fe optimista lo llevó a adoptar simplificaciones culturales y posturas algo conformistas ante los problemas sociales de América". A juicios como este, Arciniegas supo contestar en diferentes ocasiones más o menos directamente al comparar la creatividad fecunda de los escritores latinoamericanos que con la novela penetraron "en las tinieblas de las clases desposeídas" (*El continente de siete colores*) y la falta de imaginación de los políticos para solucionar el caos generado por el progreso de la economía global, que no democratiza el goce de sus logros en América. La fe del ensayista se sostiene ante las nuevas costumbres masivas que describe y el paso del tiempo la revela como una esperanza que se frustra, al menos en los momentos de concreción de los sueños: "Hasta ayer el hábito más difundido era el silencio. Hoy los inconformes se expresan incendiando automóviles, rompiendo las vitrinas, incorporándose a las guerrillas, mostrando más la desesperación que la posibilidad del cambio (...) Lo agudo de semejante situación quizá determine pronto una respuesta satisfactoria, que será el triunfo de los políticos en el último tercio del XX".



Jiménez de Quesada, creación de un intelectual oficial

El caballero de El Dorado de Germán Arciniegas es un libro que se sitúa en los márgenes tanto de la literatura como de la historia. En tanto literatura, las estrategias de composición empleadas por el narrador–historiador asocian su texto al género de la *novela histórica* (como lo entiende George Luckacs) por varias razones. En el relato se ficcionaliza un hecho histórico de más de cincuenta años de antigüedad (*El caballero de El Dorado* se refiere a hechos ocurridos en el siglo XVI). Por otra parte, el protagonista de la novela recrea ficcionalmente un héroe proveniente de la historiografía nacional y continental y el mundo novelesco representa el ambiente histórico y geográfico de la época colonial. En tanto pueda ser asociado al discurso historiográfico, el análisis de la estructura profunda del libro, en base al modelo de Hayden White (intelectual norteamericano, autor de *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX europeo*) revela la presencia de un historiador–narrador, quien en su (re)construcción de la vida y obra de Jiménez de Quesada, emplea, entre otras estrategias, consciente o inconscientemente, la metáfora ("luz *versus* tinieblas") como modo de prefiguración histórica; el romance, como modo narrativo de representación y la ideología liberal como forma de implicarse en lo narrado.

Al leer *El caballero de El Dorado*, sorprende la gran profusión de términos relacionados con "luz" y "tinieblas" y la oposición semántica que se da entre ellos. He aquí algunos de los vocablos asociados con "luz" que aparecen casi en cada página del texto: "antorchas", "encender", "lámparas", "farol", "brillante", "lucientes", "iluminen", "claridad", "hoguera", "llama", "sol", "oro" y "dorado". En contraste, he aquí algunos de los términos asociados con "tinieblas" u "oscuridad": "sombras", "negrea", "grises", "ennegrecida", "anocheció". Un breve análisis literario revela que los sintagmas relacionados con "luz", en general, connotan en el relato sabiduría y riqueza, mientras que los asociados a "tinieblas" sugieren ignorancia y pobreza. Esta oposición semántica se puede apreciar en el relato en algunos comentarios del narrador: "Así nació la empresa: en medio de cálculos y proyectos fantásticos, que alumbró el rojizo farol de la codicia". Este empleo de términos asociados con la luz y las tinieblas permite sugerir, siguiendo a Roland Barthes, semiólogo francés destacado en el análisis de la organización de los relatos, que el enunciado de *El caballero de El Dorado* tiene una estructura esencialmente "metafórica". Harry Levin llama la atención sobre la importancia de aquellas metáforas en *América en Europa* (1975) de Arciniegas, cuando afirma que el autor colombiano: "Encuadra el debate de la cuestión



El colombiano Nelson González Ortega es profesor asociado del Departamento de Literatura, Área de Estudios y Lenguas Europeas, en la Universidad de Oslo





americana como una elección casi maniquea entre las fuerzas de la luz y las de las tinieblas, expresadas en los conceptos de 'razón' y 'magia' y en el retroceso del mito ante los avances de la ciencia".

La preferencia que muestra Arciniegas por el tipo novelístico del romance para resaltar las virtudes morales del héroe histórico está en línea con la concepción de White, quien afirma que: "El romance es un drama que trata del triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio, de la luz sobre las tinieblas y de la trascendencia final del hombre sobre el mundo, en el cual está preso a causa de su Caída (del Paraíso)". Para ser más preciso, Arciniegas emplea el romance en su doble forma de novela de caballerías y de aventuras y de la novela derivada de la corriente literaria del romanticismo.

Por otro lado, y como lo atestiguan sus biógrafos y críticos, Arciniegas, desde su primer libro (*El estudiante de la mesa redonda*, 1932) hasta uno de los más recientes (*Con América nace nuestra historia*, 1990), ha luchado para que la libertad y el progreso incidan en el cambio histórico de Colombia y Latinoamérica, adoptando una posición ideológica de liberal. El historiador Jorge Orlando Melo configura el contexto cultural e ideológico de la Colombia de la década de los treinta –época en que Arciniegas escribió *El caballero de El Dorado*– e informa que el escritor se convirtió entonces "en uno de los historiadores centrales de la república ideológica del liberalismo", en la época en que los historiadores liberales colombianos se enfrentaban en "algunas polémicas tópicas" que eran "más bien asuntos de periodistas que de historiadores". Y añade que "en los '30, cuando el clima cultural del país comienza a modificarse, la historiografía liberal parece no poder enfrentar a la tradición conservadora otra cosa que el populismo del estilo, el triunfo de lo anecdótico". Dado que la mayoría de los historiadores liberales y conservadores de fines de los siglos XIX y comienzos del XX se desempeñaban, alternativamente, como representantes políticos de dichos partidos, funcionarios del estado, miembros activos o dirigentes de las principales instituciones culturales del país y, al mismo tiempo, escritores, dichos historiadores pueden ser denominados "intelectuales oficiales". Por lo tanto, en el contexto de este artículo, adopto el concepto de "intelectuales oficiales" y de literatura e historia "oficial" para referirme no solo al grupo de intelectuales que en el siglo XIX y comienzos del XX se vinculó laboral e ideológicamente a los gobiernos liberales y conservadores de Colombia, sino también a los discursos históricos, literarios y críticos que ellos escribieron y difundieron en textos académicos y escolares y en instituciones culturales. Es el caso de Arciniegas, que, en su capacidad oficial de Ministro de Educación de Colombia, no sólo delineó científica e ideológicamente el Instituto Caro y Cuervo, al elaborar y firmar los decretos que ordenaron su creación, sino que también promovió a través de esas instituciones estatales sus ideas provenientes del discurso liberal europeo del siglo XIX. La vinculación de Arciniegas con la cultura oficial colombiana se manifiesta en *El caballero de El Dorado* por partida doble: primero, porque el libro se basa en la vida y obra de Jiménez de Quesada, hombre de armas y de letras, a quien el discurso oficial le había atribuido la fundación de la historia y de la literatura nacional de Colombia y, segundo, porque tal texto proviene de la pluma de un intelectual oficial (Arciniegas), que articula sus ideas liberales de "reforma", "patria", "libertad" y "progreso" en sus relatos histórico-novelescos.



La identificación ideológica del autor real con la política cultural oficial de Colombia se manifiesta en *El caballero de El Dorado*, en particular, en la forma en que el novelista construye la trama y selecciona a su protagonista. Arciniegas, en tanto historiador-narrador, no cuestiona la versión oficial de la conquista y fundación del Nuevo Reino de Granada. Presenta la historia colombiana no como una serie de grandes crisis provocadas por diversos factores sociopolíticos, sino como una serie de actos heroicos y anti-heroicos realizados únicamente por el héroe-protagonista Jiménez de Quesada, seleccionado por el narrador para simplificar, por medio de la anécdota, el evento histórico multifacético de la Conquista e idealizar literariamente el supuesto origen peninsular de la cultura colombiana.

En síntesis, hay que reconocer que existe evidencia textual para afirmar que en *El caballero de El Dorado* se prefigura metafóricamente la identidad y el pasado cultural de Colombia, en términos de "luz-razón" y "tinieblas–mito", y a partir de dicha metáfora, se idealiza tanto la figura de Jiménez de Quesada como su actuación militar hasta convertirse el conquistador en "El caballero de El Dorado" y la narración de su obra en "El romance de Colombia". Este modo de metaforización e idealización romántica implica que la ideología articulada en el texto de Arciniegas sea liberal y de filiación oficial y pueda responder, a mi parecer, a la intención autorial y textual implícita de dotar a la literatura colombiana de una novela de tema nacional y fundacional, basada en uno de los más reconocidos héroes oficiales de la Historia de Colombia: Gonzalo Jiménez de Quesada.



La travesía de la escritura

Juan Bosch (La Vega, 1909-1975) dedicó a América su carrera política y su labor literaria, narrativa y ensayística. En sus inicios, renovó la literatura de la República Dominicana cuando la dominaba el modelo de Rubén Darío; Bosch entonces empezó a escribir cuentos sobre campesinos (*Camino real*, 1933, *Indios*, 1935): su padre, un catalán radicado en la isla de Santo Domingo que trabajó primero como albañil y más tarde como comerciante, le enseñó a admirarlos. En la política, para Bosch, como para muchos dominicanos, el hecho fundamental que marcó su vida fue la intervención norteamericana de 1965. En 1976, en una entrevista que le hicieron, en Roma, Rosalba Campra y A. Panelo, Bosch explicaba causas y efectos de la invasión: "En 1963, una intervención militar apoyada por los norteamericanos había derrocado al gobierno constitucional. En 1965 hubo un levantamiento militar y popular para restaurar el gobierno constitucional y valiéndose de ese pretexto los norteamericanos invadieron militarmente el país (...) Dijeron que lo hacían porque ese levantamiento era un levantamiento comunista (...) Pero el pueblo, todo el país se ha ido dando cuenta de que en realidad no fue una invasión sino una ocupación y que la finalidad real de esa ocupación era y sigue siendo sustituir con Santo Domingo a la Cuba de Batista que los Estados Unidos habían perdido cuando Fidel Castro proclamó que la Revolución Cubana era socialista". El mismo Bosch dice que desde 1965 su obra se concentró en política, historia y sociología. Pero esa tendencia de su escritura ya se despliega en sus trabajos anteriores, comprometidos con la lucha política contra la dictadura: Rafael Trujillo gobernó República Dominicana como estancia propia desde 1930 hasta 1961, cuando fue asesinado. Sumados diferentes momentos de su vida, Bosch pasó más de dos décadas en el exilio (que dejó huellas hasta en títulos de sus obras *Cuentos escritos en el exilio*, 1962; *Más cuentos escritos en el exilio*, 1974), fundó el Partido Revolucionario Dominicano en 1939, compuso ensayos como *Trujillo* (1956) o *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964). Muerto el dictador, volvió a su país y en 1962 fue elegido presidente, pero sólo pudo gobernar durante siete meses: fue derrocado por un golpe militar, causa de una de las etapas de sus exilios. En 1965 volvió a su país y se presentó a elecciones presidenciales, pero fue derrotado por Joaquín Balaguer, asociado al clan de Trujillo y apoyado por Estados Unidos. En 1973, Bosch organizó el Partido de la Liberación Dominicana; desde fines de los '60 vivió exiliado, fundamentalmente en España. Intensifica en esa época sus estudios de problemas de América Central que afectan a toda América Latina. Se concentra en el neocolonialismo que tiene como escenario el mar Caribe de manera espectacular y que reactiva la historia de dominación y resistencia de los tiempos de la Conquista iniciada en el siglo XV en el Nuevo Mundo. *Bolívar y la guerra social* (1966); *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967); *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970); *Composición social dominicana* (1971) son indagaciones del escritor en la historia de las luchas de clases en su patria y en otras naciones del Caribe, donde "no había obreros ni había capitalistas (mi país ha sido un país muy pobre durante muchos siglos). Era una lucha de clases entre diversas capas de la pequeña burguesía, a veces una lucha muy cruel". Los escritos de Bosch, aunque muy distantes ideológicamente de los de un escritor como Arciniegas, con sus temáticas protagonizadas por el mar invadido por carabelas o por barcos de *marines*, pone en evidencia el desarrollo de una conciencia pancaribeña que incluye a los países continentales al basarse en experiencias históricas comunes que los escritores revisan para resistir la sospecha de un destino trágico para América.





Juan Bosch, luchador contra el colonialismo, expresó su admiración por civilizadores americanos del pasado en libros como Hostos el sembrador (1943)

Antología

Capítulo II. Relato de Cristóbal Colón, el desventurado

"Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma"
Colón

"(...) Ya el diario de Colón no es un diario técnico, con apuntes de vientos y diálogos con la estrella polar, la aguja y el cuadrante. Ahora pinta árboles, cuenta el milagro de cómo entre sus dedos se multiplican las islas y se le va entregando el mar de los caribes. Habla de hombres extraños, recoge el acento de voces antes nunca oídas. Hace poesía. Es el primer canto a América que, por cierto, es canto muy hermoso. No tiene, este escrito suyo, la buena suerte que tendrán las cartas de Vespucci y poco falta para que jamás se publique. Muchos años después de su muerte vendremos a conocerlo, y ya desportillado y maltrecho. Quizá mejor que así sea: se suman estas peripecias a la incongruencia de la pluma enloquecida que salta de isla en isla, en un archipiélago de maravilla arrancado a la noche de los siglos. Pero ha de ser él, Cristóbal Colón, y no otro, quien deje escrita la primera palabra. Quien dibuje el primer perfil de una isla nuestra. Cuatrocientos años y más, después de la aventura, una señora rica de España tendrá la suerte de que caiga entre sus manos una carterita de apuntes, bien forrada en pergamino, destrozadas la mayor parte de sus hojas: la libretita donde Colón había estampado sus apuntes íntimos. Ahí está el primer perfil de la Española. Como mapa, bastante exacto: pero es más que un mapa: tiene rasgos de pasión, de aventura humana.
Lo mismo ocurre con el diario. No sólo se ve nacer en él al Nuevo Mundo. Es, además, la primera página de la literatura hispanoamericana. Por primera vez la lengua de Castilla se ejercita en la pintura de estas tierras. A poco resultará ahí una avalancha inesperada de crónicas, de novelas, de versos, que harán provincia aparte en la república de las letras. Hernán Cortés, Díaz del Castillo, Hernández de Oviedo, Las Casas, fray Pedro Aguado, Álvar Núñez, vendrán luego. Sus libros pintarán aventuras no imaginadas. Su escenario será el que vayan descubriendo con sus lanzas los mismos que luego rasguen con sus plumas el papel al describirlo. Las guerras se harán en tierras desconocidas, escalando una de las montañas más grandes del mundo, y cruzando selvas, pantanos, desiertos, en una marcha que parece dirigida por la temeridad. Pero todo eso está, en germen, en el librito de Colón. Un librito que puede leerse en una hora y en un tranvía. Es el primer diálogo entre Europa y América (...)"

Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945

Cap. XXII. En la antesala del año 2000
La geografía del año 2000
"Por muchas vacilaciones y conflictos, y por impresionante que sea la crisis en la vida latinoamericana –crisis que puede ser más indicio de salud y ánimo que de abatimiento y resignación–, crece la América Latina como no creció en los siglos pasados. Un estudioso tan sagaz como Peter Drucker –a quien se debe una nueva concepción de los destinos universitarios–, encuentra en América Latina mejores posibilidades para el cambio que en Estados Unidos. Desde luego, hay un desafío a la imaginación y a la capacidad de América Latina cuya respuesta puede ser la clave de nuestra aproximación al año 2000.
Queda por modificar la geografía de Sudamérica, y en parte la del área del Caribe, en forma que haga más visible y aprovechable esta parte del hemisferio occidental. No hay nación de importancia que no haya tenido que transformar su geografía creando nuevos lagos, avanzando sobre el mar para ganar tierras laborables, abriendo canales interoceánicos, repoblando las sierras de árboles, convirtiendo desiertos en huertos de frutales o campos de trigo. El destino de Centro y Sudamérica lo antevió Humboldt cuando anticipó la apertura del canal de Panamá y habló de la unión de los grandes ríos de Sudamérica para crear una navegación mediterránea que permitiera ir del Plata al Orinoco, abriendo camino a la transformación de la selva amazónica. Esto pudo parecer utopía del siglo romántico en que vivió el geógrafo alemán; sin embargo, los estudios y planes que vienen desarrollándose en torno a esta concepción de la futura geografía de América, aplicando a su realidad los recursos técnicos y científicos de nuestro tiempo, preparan la posibilidad de un evento semejante (...)"

Germán Arciniegas, *El continente de siete colores*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965



Grabado de una tempestad afrontada por los conquistadores en el Mar Caribe

Cap. V. De justicia mayor a capitán alzado
"(...) Cuando llegan Quesada y sus compañeros, en La Tora lo toman por cosa de milagro. Ni se los tragó la creciente del río ni dieron con ellos las quinientas canoas de indios flecheros que la víspera no más cercaban a los españoles del campamento. La Tora no es sino una sombra de lo que fue en los primeros días. La muerte ha seguido adelgazando al ejército. Un vaho de hospital no deja respirar. Con las lluvias y los soles, nubes de insectos caen sobre la tropa y la envenenan. Por segunda vez se trata de disuadir al general de continuar en la empresa. Se le dice que es temeridad con una tropa misérrima aventurarse por las serranías de Opón. Seguir es aborrecer de su propia vida y de las de los soldados. Es tentar a Dios. Pero Quesada, que en la vida común del campamento ríe y habla con gracia andaluza, azotado ahora por la fiebre, con la garganta seca y los ojos encendidos por los filtros de la selva, parece salirse de las páginas de un libro de caballerías y razona lo mismo que habrá de razonar Don Quijote. Ante el alud de buenos argumentos con que le cercan, le aprietan y tratan en vano de disuadirle, está él parado con su idea, sencillamente invencible. 'Ninguna de estas cosas –dirá el cronista– era suficiente a mudar al general de su opinión que, acompañado de animoso vigor, deseaba hacer y salir con alguna cosa memorable y en que hiciese servicio a Dios y a su rey; y ansí respondió a los questo le decían y aconsejaban, que, aunque su celo era bueno, la obra que de él se podía decir que se había vuelto de las puertas de una felicísima tierra por su inconstancia, y que aunque en el camino muriese, él tenía por más gloria la muerte en aquella demanda que la vida con infamia que de volverse le podía seguir (...)'. ¿No están anunciando estas palabras todo el drama cervantino? El caballero que así habla es un macilento varón de barba desgreñada y andrajoso vestir; rasgado y descosido; con el lodo hasta el cuello; las calzas raídas, trabajado y ajado por el hambre, la fiebre y la ambición. Todo esto es para reír y no reír. No pueden escapar a su sino los seres que están metidos dentro del embrujo del licenciado. Él tiene puesta la mente en un castillo fabuloso: el castillo de Castilla de Oro, de Castilla Áurea, como dicen los mapas. Ve un nuevo reino entre sus manos. Piensa, para que todo sea completo en su locura, en alguna dama, como lo pone en la mente del fraile Antón Lezcámez un poeta:

Y a la más bella ciudad
Granada le nombraría
En memorias de tristezas
Que en el camino tenía,
Si en la mi dama donosa
Pensamiento entretenía,
Que la mi casta señora
Llorando me despedía
Cuando abandoné Granada
Por alguna fichoría! (...)"

Germán Arciniegas, *El caballero de El Dorado*,
Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1969

Bibliografía

Benedetti, Mario, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Buenos Aires, Alfa Argentina, 1974.

Campra, Rosalba, *América Latina: La identidad y la máscara*, México, SXXI, 1987.

Cobo Borda, Juan Gustavo (comp.), *Arciniegas de cuerpo entero*, Bogotá, Planeta, 1987.

Cobo Borda, Juan Gustavo, "Arciniegas no ha muerto", *www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/rhcritica.* Consultado el 15/12/06.

Cobo Borda, Juan Gustavo, *Una visión de América. La obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.

Esquenazi Mayo, Roberto (ed.), *Experiencias de toda una vida: cartas de Germán Arciniegas*, Society of Spanish and Spanish American Studies, s/f.

Lagmanovich, David, "Arciniegas: del relato al ensayo". En: *Anales de Literatura Hispanoamericana*. VI-7, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, 1978.

Luckacs, Georg, *The Historical Novel,* Boston, Beacon Press, 1963.

Oviedo, José Miguel, "El ensayo moderno en Hispanoamérica". En: González Echevarría, Roberto y Pupo-Walker (eds.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 2006.

Sánchez, Luis Alberto, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1953.

Stoller, Richard, "Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 27, Nº 2, mayo 1995.

Ilustraciones

P. 258, *Los Uffizi*, Bonechi, Florencia, 1991.

P. 259, Sánchez, Luis Alberto, *Historia comparada de las literaturas americanas*, Vol. III y IV, Buenos Aires, Losada, 1976.

P. 260, P. 261, Cobo Borda, Juan Gustavo, *Arciniegas de cuerpo entero*, Bogotá, Planeta, 1987.

P. 262, Arciniegas, Germán, *América mágica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1959.

P. 263, Instituto Gallach, *Geografía Universal*, t. 9, Barcelona, Editorial Océano, 1993.

P. 264, *Cuadernos*, Nº 19, París, julio-agosto 1956.

P. 265, P. 266, Arciniegas, Germán, *El caballero de El Dorado*, Madrid, Revista de Occidente, 1969.

P. 267, *http://www.hf.uio.no.*

P. 269, *Panorama* Nº 26, Buenos Aires, julio 1965.

P. 271, Arciniegas, Germán, *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, Sudamericana, 1959.